



UN ECLIPSE DE SOL

ME aquí un suceso que nos ha hecho levantar los ojos al cielo por algunos minutos. Eso es todo lo que he podido observar durante el espectáculo.

Mis conocimientos astronómicos no me han ayudado á hacer más curiosas observaciones ; pero levantar los ojos al cielo cuando tan fijos los tenemos en la tierra, me parece á mí una observación digna de estudio.

Echad la sonda en este pensamiento, y veréis como es profundo.

Y sin embargo, ¿qué cosa más natural que levantar los ojos al cielo cuando la tierra se oscurece?

¿Á qué parte pueden dirigirse los ojos del hombre pidiendo luz en las grandes oscuridades de la tierra?

Otra observación, enteramente opuesta, se me ha ocurrido también al mismo tiempo.

La sabiduría humana que anda por todas partes buscando la luz, ha venido esta vez de todos los puntos del globo buscando la oscuridad.

Estos son los dos fenómenos que he podido comprender.

De manera que el eclipse ha producido por lo menos dos maravillas, que, si no asombran, es porque á la altura del siglo XIX no debe haber nada que nos asombre.

Levantar los ojos al cielo, es un acto que, bien considerado, pertenece á aquellos tiempos oscuros en que la luz de la moderna filosofía no había iluminado la tierra; á aquellos tiempos en que la luz no venía de la discusión, sino del cielo.

Tiempos en que Noé encontraba en el cielo, como en las páginas de un libro infinitamente sabio, el anuncio del diluvio y la salvación de su familia.

Aquellos tiempos en que Moisés pedía al cielo y recibía de él las leyes de su pueblo.

Tiempos oscuros en que tres sabios de Oriente buscan en el cielo el guía que había de conducirlos á las puertas de Belén.

El eclipse, haciéndonos levantar los ojos, nos ha hecho imitar por algunos momentos al pueblo de Israel, cuando, al salir del desierto, vió tenderse delante de él los fértiles campos de la tierra prometida: todos miraban al cielo.

De seguro los astrónomos no habían pensado en estos efectos del eclipse.

El cielo ha sido para nosotros un teatro; el sol

y la luna los actores; el drama un eclipse, y el público una gran parte de la tierra.

Los anuncios de la función habían aparecido primero en los almanaques y después en los periódicos.

Hemos acudido á una diversión, que ha podido excitar la curiosidad, pero no el asombro.

¡El cielo es una cosa tan vista!

Casualmente está colocado de un modo que no hay punto de la tierra desde el cual no pueda verse.

Los primeros hombres pudieron asombrarse: entonces sería un espectáculo nuevo; ¿pero después de seis mil años ha de llamar nuestra atención lo que estamos viendo todos los días?

Y el sol, ¿qué género de novedad podía ofrecernos? ¿No es el mismo todos los días?

En el espacio de tantos siglos no ha hecho más que levantarse al amanecer, tender sus rayos por todas partes y desaparecer á la tarde en el mar, detrás de una montaña, en medio de una llanura, donde le pillan.

La luna no es tampoco una invención que pudiera excitar vivamente nuestro interés.

Siempre la misma palidez, la misma melancolía, la misma soledad.

La mujer más vulgar sabe mejor que ella colocarse á media luz, fingir unos ojos que no tiene y una cara que no ha tenido nunca.

La luna del espejo más insignificante posee muchos más recursos para entretener nuestra curiosidad.

La única novedad era el eclipse.

¿Y qué es un eclipse?

Una cosa tan natural, tan lógica, que se hallaba prevista muchos años antes de que sucediera.

Un hecho averiguado antes de realizarse.

Un secreto sabido, un misterio descubierto.

La sencillísima operación de colocarse la luna entre el sol y la tierra como una pantalla entre la luz y los ojos.

¿Y había de asombrarnos en el cielo lo que estamos viendo en la tierra todos los días?

¿Qué es la locura más que un eclipse de la razón?

¿No se eclipsan, sin que la ciencia lo anticipe, las estrellas de los hombres?

¿Qué fama no se ha visto eclipsada?

Así es que el eclipse ha pasado como una sombra, sin dejar en la tierra ni el más ligero rastro, ni la impresión más fugitiva.

Hemos hecho lo que hacemos siempre que se eclipsa nuestra felicidad, siempre que la sombra de la desgracia cae sobre nuestro corazón.

Levantar los ojos al cielo.

Porque el cielo es siempre el mismo para los hombres.

Siempre tiene un rayo de luz que nos ilumine, un reflejo que nos guíe, una estrella que nos consuele.

No hay más remedio que mirar al cielo cuando no hay en la tierra un punto donde fijar los ojos.

Nos rodea por todas partes como los brazos de una madre de la cual pretendemos huir.

La naturaleza entera se abre como una flor por mirarlo.

Los montes se empinan unos sobre otros para acercarse más á él.

Los árboles tienden sus brazos cargados de fruto, como si quisieran atraérselo por la riqueza de sus dádivas.

Los perfumes huyen de la tierra y se levantan como si sólo hubieran nacido para él.

El agua es transparente sólo por retratarlo, y sale de las entrañas de la tierra sólo por verlo.

El cielo es esa mirada inmensa que nos sigue por todas partes, que penetra en nuestro corazón y nos consuela, que alumbra nuestra alma y nos anima, que se refleja en nuestra conciencia y nos juzga. Por eso el afligido levanta los ojos y el criminal los baja.

Es una especie de voz que nos está diciendo siempre: «Mira.»

La ciencia misma, esa averiguación fría que va penetrando como un cuchillo; ese escalpelo que busca el secreto de la vida en el cadáver de la naturaleza, se ve detenida y se siente fatigada, esperando un rayo de luz que sólo puede venir del cielo.

Pero ¿de qué cielo estamos hablando?

¿Qué significa ese cielo vulgar, antiguo, imposible de toda mejora y negado á todo adelanto?

Cielo que condena á los astros á marchar por caminos precisos.

Cielo cuyas leyes no se discuten, cuyos principios no se conocen, cuyo sistema no se comprende.

Cielo que las revoluciones de los astros no lo conmueven, ni las nubes más negras lo manchan, ni millones de estrellas lo occultan.

Este cielo no corresponde á la altura de nuestros tiempos.

Quédese ahí como un monumento arqueológico; como una tradición antigua que sirve á lo menos para señalar el astro de aquellos tiempos oscuros en que el cielo fué hecho.

Cielos, los de la tierra.

El cielo de la riqueza, el cielo de la hermosura, el cielo del poder, el cielo de la fama, el cielo de las pasiones, el cielo de la razón.

Cielos que nos deslumbran, que nos hacen bajar los ojos y que arrastramos por la tierra.

La sabiduría humana, después de andar tantos siglos buscando la luz, ha venido ahora detrás de la oscuridad.

Esta es mi segunda observación.

La ciencia ha corrido apresuradamente á ver el efecto que producía en el salón de la tierra una pantalla puesta delante de un quinqué.

El cielo se reiría muchas veces de los hombres, si no les tuviera lástima.

Aunque la oscuridad es una cosa negra, yo no puedo menos de sacar de esa circunstancia, que he podido observar, una verdad que aquí parece absurda.

La sabiduría humana es un libro, cuya última página está siempre en blanco: debía decirse en negro.



NO HAY NIÑOS

He llegado á sospechar que el orden de los números aplicado á los niños ha experimentado una gran perturbación.

Es decir, que, por lo que yo observo, se llega en estos tiempos á tener veinte años mucho antes que á tener diez y seis.

Ó de otra manera: apenas hay niños.

Parece que la inocencia no quiere detenerse mucho tiempo sobre la tierra, y nos vuelve la espalda antes de que hayamos podido sustituirla con la razón.

Es curioso ver cómo empezamos á ser hombres antes de haber dejado de ser niños.

Hay flores tan fugitivas, que mueren casi al mismo tiempo que nacen, como si la pena de haber nacido les causara la muerte.

Madrid es una especie de paraíso donde la inocencia se pierde muy pronto.

No hay nada más triste que esos hombres de diez años y esas mujeres de ocho que tan frecuentemente se encuentran en Madrid.

La civilización no ha querido sujetar sus pasos precipitados al acompasado movimiento de la naturaleza.

La civilización no podía permitir que la inocencia ejerciera el monopolio de la infancia, y fecundando la tierra con el prodigioso *guano* que ella misma elabora en sus entrañas, ha producido esa mezcla monstruosa de niño y de hombre que forma el conjunto de la generación que nos empuja.

Madrid es el pueblo más alegre del mundo; sólo hay aquí una cosa triste: los niños.

Se les ve con esa pena con que miramos los frutos que se pudren antes de haberse sazonado.

Verdes aún, y podridos ya.

¡Cuánta malicia en esos ojos de ocho años, en los que brilla todavía un relámpago de inocencia!

¡Qué palabras en esos labios sonrosados aún por la aurora de la vida!

¡Qué ideas en esas pequeñas cabezas, tan ligeras y tan graciosas, que parecen hechas sólo para llevar coronas de flores!

¡Cómo hablan estos hombres de diez años!

¡Cómo miran estas mujeres que apenas han cumplido ocho!

Me parecen pequeñas y graciosas vasijas de barro bruñido, en las que la civilización va depositando gota á gota el veneno que destila.

He aquí cómo se empalman las dos generaciones que tenemos á la vista.

Los viejos pervierten á las niñas.

Las viejas á los niños.

La generación que se va se detiene para recibir en sus brazos á la generación que se adelanta.

Así se incuba lo viejo en lo nuevo.

Así el niño recibe el germen de la decrepitud.

Morir sin dejarles nada á nuestros herederos, sería una repugnante avaricia.

Justo es que al morir les dejemos toda nuestra fortuna, toda esta inmensa sabiduría en que nos revolvemos.

Es preciso que puedan decir que son nuestros herederos.

Les dejamos en nuestro testamento un Madrid modelo de civilización.

Los niños son una especie de espejos que reflejan todo lo que ven.

Y como los ojos de los niños son unos instrumentos nuevos, que no están gastados por el uso, todo lo ven.

En Madrid se vive como si no hubiera niños.

Nada se esconde á la mirada curiosa de estos seres, de estos puñados de tierra tan llenos de vida y tan dispuestos á fecundar el germen que en ellos se deposita.

Ni los libros que corrompen el corazón y las ideas.

Ni las estampas que, semejantes á un corrosivo,

borran el pudor que Dios ha puesto en el alma como el principio de todas las virtudes.

Ni el ejemplo, esa pendiente que cada vez más rápida nos lleva de la mano al fondo del abismo.

Madrid, lleno de atractivos para despertar el incentivo de los vicios y las pasiones de los viejos, no le oculta nada á los niños.

Esta civilización, que es la muerte de la poesía, de las artes, de los sentimientos, es también la viuela de la inocencia.

Niños os encontraréis en las casas de juego.

Niñas en las casas de prostitución.

Pequeños hombres y pequeñas mujeres que los vicios recogen porque la sociedad los tiene abandonados.

Hay una estadística que no se ha hecho.

Sería una vergüenza, un dolor y un asombro presentar en la desnudez de unos cuantos guarismos el número de niños que todos los años, que todos los días entran en las cárceles, en los lupanares y en los garitos.

Escuelas públicas donde se enseña la práctica del vicio, cuya teoría se enseña en otras cátedras públicas también.

Decidle á una madre, en cuyo seno duerme dulcemente el hijo de sus entrañas, que se han presentado algunos casos de viruelas, de crup ó de cualquiera de esas otras enfermedades que son el verdugo de los niños.

Al momento la veréis rodear al hijo de su alma

de todas las precauciones, de todos los cuidados que puedan impedir el contagio.

No lo apartará ni un momento de sus brazos, como si quisiera formar con ellos alrededor del niño un cordón sanitario.

No le dejará respirar más que su propio aliento, que ella pondrá con sus labios en la boca de su hijo después de haberlo purificado en su corazón con el perfume de su cariño.

Esta madre no descansa, no duerme, no vive.

El crup, las viruelas.... ¡qué terribles enfermedades!

Veamos la otra cara de la medalla.

El niño tiene diez años.

La naturaleza lo ha hecho hermoso, y los cuidados de su madre lo han hecho sano y robusto.

Decidle á su padre que en la misma calle donde él vive se han presentado dos casos de dos terribles enfermedades.

Una casa de juego y una casa de prostitución.

De diez padres á quienes se participe esta noticia, siete se encogen de hombros, dos disertan algunos minutos sobre la corrupción de las costumbres, y uno se acuerda que tiene un hijo de diez años.

Yo pregunto:

¿Será más terrible la muerte del cuerpo que la muerte del alma?

¿Por qué examinamos con tanto empeño la salud de la nodriza que ha de amamantar nuestros hijos, y apenas averiguamos quién es, qué pien-

sa, qué sabe el hombre que ha de amamantar su entendimiento?

¡Pobres padres! Tenéis para vuestros hijos escuelas, colegios, institutos, universidades. Los gobiernos están encargados de señalar los maestros á quienes habéis de entregar el alma inocente de vuestros hijos.

Esos maestros, cuando no los nombra el favor, la amistad ó la intriga, los nombra la suficiencia: el que parece que sabe más historia, más química, más leyes ó más medicina, ese puede ser también elegido.

El maestro de vuestros hijos puede ser ó amigo del ministro, ó hermano de algún elector influente, ó un orador temible, ó un periodista incansable, ó un sabio.

De esto estáis seguros.

Pero ¿dónde encontraréis los títulos que os aseguren la rectitud de sus sentimientos, la pureza de sus costumbres, la piedad de su razón; en una palabra, su religión, su moral, su virtud?

La perversión que descende de los labios de los maestros, las sombras y los errores que se enseñan en vez de la verdad y de la luz, es mil veces peor que la sangre viciada que el niño recibe del pecho de su nodriza.

Un niño enfermo inspira compasión, pero un niño corrompido inspira horror.

Mas yo pregunto otra vez:

¿Por qué tanto cuidado para que el niño no lleve á sus labios un alimento demasiado fuerte para la delicadeza de su estómago, y tanto abandono para

dejarle llenar su entendimiento con los brebajes de tanto libro envenenado?

Lo reservamos de la humedad, del sol, del aire, del calor, del frío.

Cualquiera de estas cosas puede alterar su salud, debilitar su constitución, quebrar el frágil vidrio de su vida.

Pero un libro malo, un maestro corruptor, un amigo pervertido, son cosas que apenas nos llaman la atención.

Estoy seguro que ninguna madre llevará á su hija á la casa de un enfermo cuya tos pueda despertar la sospecha de que está tísico.

Pero no dudéis que esa misma madre llevará á esa misma niña á todos los teatros, á todos los bailes y á todos los salones.

Esa misma madre, que le prohibirá aspirar un perfume demasiado fuerte para sus nervios, la habrá dejado ya que aspire, página á página, la atmósfera deletérea que se escapa de toda esa brillante literatura de nuestros tiempos.

Antes que una niña sepa qué palabras son las que mejor sientan en su boca de ángel, sabe perfectamente qué color, qué adorno, qué cinta realza más la hermosura de su cara de mujer.

Da una verdadera tristeza ver en Madrid estos hombres de diez años que fuman, que juegan, que blasfeman.

Esas niñas que apenas han cumplido nueve años, y ya han adquirido todos los secretos de la coquetería y de la vanidad.

La naturaleza se venga de esta violación de sus leyes.

Por eso vemos usureros de veinticinco años.
Decrépitos que no han cumplido todavía treinta.
Libertinos que no han pasado de quince.

Almas heladas en medio de la primavera de la vida.

La juventud que viene detrás de nosotros presenta una terrible precocidad.

Adquiere todos los vicios de la vejez, y no conserva ninguna de las virtudes de la juventud.

¡Qué razonables son todas sus locuras!

¡Con qué formalidad se corrompe!

¡Qué dignamente se envilece!

¡Qué bien se pierde!

No podemos negar que es hija de su madre.

Es posible que sea una generación *ilustrada*, pero es imposible que sea una generación buena.



EL TANTO POR CIENTO

El mundo financiero debe estar en estos días descontento de sí mismo, con ese pesar que el jugador de la lotería experimenta cuando una simple unidad se interpone entre el número que ha salido premiado y el número de su billete.

Por más que á los hombres entregados asiduamente al activo trabajo de tejer esas redes misteriosas y sutiles, en que el dinero cae con tanta facilidad, se les considere superiores á todo sentimiento humano, sería una verdadera injusticia privarles del derecho de tener corazón.

Esa víscera, sin la cual no es posible vivir, es preciso que sea algo más que una bomba encargada de regar las interioridades de la materia humana, para que el hombre pueda asegurar que la siente latir en el fondo de su pecho.

Algún sentimiento es forzoso que haya en el co-

:

razón del hombre moderno, de ese ser sacado del polvo de la tierra por la virtud creadora de un nuevo Dios, para que pueda confundirse con el resto de los hombres.

Así es que el *interés* al hacer al hombre, al vaciarlo en su cuño como podía haberlo hecho con un pedazo de metal al fundir una moneda, le ha dejado el germen de un sentimiento verdaderamente tierno.

En el corazón de ese hombre, no se puede negar, hay amor.

Y para que nadie pueda despojarle de este único sentimiento; para que nadie alegue á él derecho ninguno, ese amor es el amor propio.

Esta cuerda vibrará hoy dolorosamente herida en el corazón de los hombres de negocios.

Deberán golpearse el bolsillo como los demás hombres se golpean la frente cuando se ven sorprendidos por la luz de un descubrimiento que ellos mismos andaban buscando.

Sentirán lo que hubiera sentido Colón, si otro antes que él hubiera descubierto el nuevo mundo; lo que hubiera sentido Descartes, si otro se le hubiera anticipado á unir el álgebra á la geometría, como se une el alma con el cuerpo.

Y verdaderamente es un sarcasmo de la fortuna. Las acciones de los caminos de hierro, las acciones de minas, las acciones de todos los Bancos, las acciones más vergonzosas, hasta las acciones de guerra, habían caído sucesivamente bajo el imperio del *negocio*.

Parecía que era imposible encontrar una acción nueva que no estuviera prescrita por este agente activo y calculador.

El arte frío y positivo de hacer dinero no había pasado aún de las realidades de la vida.

Ignoraba que en las regiones del espíritu, en ese mundo interior que el hombre lleva en la cabeza, pudieran encontrarse acciones de un interés inmenso.

Había, sin embargo, escondida, en los misteriosos espacios de una inteligencia vigorosa, una acción inesperada.

La suma total de todas las acciones que componen la fortuna irresistible de un banquero, no dañan un interés más vivo ni más permanente que el que lleva en sí esta acción poderosa.

En la Bolsa no se ha presentado jamás una acción de un interés tan creciente; entre los *efectos públicos* no se encuentra otro semejante.

Y para que la irrisión sea más completa, esa acción es una mentira, y para mayor vergüenza del *negocio*, esa acción es una verdad.

Es una acción dramática: se trata de una comedia.

Yo comprendo perfectamente que la usura se sienta mordida en el corazón por la serpiente de la envidia.

Que un poeta dramático, por grande que sea, se apodere de eso que se llama *tanto por ciento*, y saque de él más sustancia de la que hasta hoy han podido sacar todos los banqueros juntos, es un su-

ceso irritante, es una usura que el talento le ha robado á la avaricia.

Aquí hay, sin duda, una injusticia de la suerte.

Hasta ahora el *tanto por ciento* no había producido más que dinero.

¡Parece mentira! Ese mismo tanto por ciento acaba de producir un caudal de honra, una mina de entusiasmo, un tesoro de gloria.

¿Cómo se ha verificado este admirable acontecimiento?

Ayala es un hombre que tenía papel, y se le ocurrió la idea de hacer una jugada.

El secreto estaba en elevar al último grado de interés unos cuantos cuadernillos de papel blanco, que eran por de pronto la suma de su capital efectivo.

Volvió los ojos hacia dentro, y sondeó las profundidades de su inteligencia, del mismo modo que un banquero registra los rincones de su caja en el día solemne de una especulación infalible.

Como en un espejo maravilloso, vió dibujarse dentro de sí mismo los contornos fantásticos de un gran negocio.

Su pensamiento era grave y agudo, y cavando, cavando, se hizo profundo.

Esta operación debió abrir en su idea un surco semejante á un canal.

He aquí una profundidad de la que salió un rayo de luz.

Este canal venía á ser la boca de la mina.

Era preciso anudar la creación de la fantasía con

la realidad; el canal de Castilla se presentó como un punto de partida, y el papel, dócil como un niño, prestó su limpia superficie á extenderle hasta el otro lado de Zamora.

Este es el primer paso.

Paso hondo como un abismo, en el que intenta ahogar más adelante la honra de una mujer, la fortuna de un hombre, la dicha de dos amantes, la rectitud de un amigo y la fidelidad de dos criados.

Como se ve, la jugada es completa.

Á la voz de este negocio, acude, como el avaro al ruido del oro, una de esas almas frías como la Bolsa, encerrada tranquilamente en un bolsillo humano que suena con el nombre de Roberto.

Esta es el alma del negocio.

Detrás de este personaje aparece Petra, que arrastra á su marido hasta el borde del abismo, abierto á sus ojos en el canal de Zamora.

Petra es una mujer cuyo corazón pasaría muy bien en el mercado por moneda corriente, y Gaspar es un marido á quien su mujer hace pasar por todo.

Andrés es un hombre que ha perdido su fortuna y su conciencia. Luísa es una criada que tiene dos grandes defectos; á saber: ocho mil reales ahorrados y un novio que se llama Sabino.

Sabino es á Luísa lo que Petra á Gaspar; esto es, la pendiente que nos hace rodar hasta el fondo.

Todos estos personajes forman la red del negocio.

Dos amantes ricos, generosos y nobles son tam-

bién necesarios, como son necesarias las víctimas en todo sacrificio.

Una quinta comprada por un rasgo de delicada ternura; una ruína inesperada; una dehesa en Zamora; una venta por carta de gracia. Todo esto se reune, se ordena y se mueve con admirable precisión, formando poco á poco un nudo prodigioso que ahoga y suspende, que aterra al espíritu y levanta las ideas.

Todo esto forma un conjunto que se llama *El tanto por ciento*.

Comedia ó drama para la literatura; verdad, terrible verdad, para la conciencia.

Obra maestra, tersa como un espejo que nos finge la verdad con inflexible exactitud.

El tanto por ciento era una cortina detrás de la que pasaban desconocidas, inconcebibles escenas, y Ayala ha descornado esa cortina con su mano vigorosa.

El negocio se ha escandalizado de sí propio, y corre por Madrid negándose á sí mismo.

Hay gritos dolorosos que son la señal más segura de que se ha puesto el dedo en la llaga.

La mayor parte de esas gentes que viven del *tanto por ciento*, ignoraban quizá que el tanto por ciento pudiera ser otra cosa que una ganancia lícita.

Ya saben lo que es.

¡El dinero puesto en escena! ¡El tanto por ciento procesado! ¡El negocio azotado en público! Esto es horrible.

Si las gavetas tuvieran entrañas, serían en estos momentos dignas de compasión.

Pero seamos justos.

Los hombres de negocios tienen más pudor que los hombres de talento.

Ayala ha expuesto á la vergüenza sin ningún miramiento lo que el banquero más descarado tendría oculto en el último rincón de su cartera.

Es posible que las letras de cambio estén afligidas; pero las bellas letras deben estar orgullosas.

Y sin embargo, nunca el *negocio* ha gozado de tanta celebridad.

Ningún tanto por ciento ha conseguido tan universal aceptación.

Los banqueros deben consolarse de este negocio en que aparecen tan desnudos, con la seguridad de la siguiente noticia:

EL TANTO POR CIENTO pasará á la posteridad.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cpda. 1625 MONTERREY, MEXICO